



plender á la república, restituyendo á Marco...
de la libertad que le pertenecía de derecho al...
conducir la familia á cierta casa ó ciudad...
mente, habían sido á las espaldas por el...
diploma de 1330. Mas no habían conseguido...
que ocupasen esto las demás potencias, tras...
de transmitirlas á la electora palatina Ana, su...
lida, pero Carlos VI declaró que la Toscana era...
un feudo imperial, que recaía en el emperador...
sus pretensiones á poseser de que había in-...
estaba y demás potencias marítimas se hacían...
dieron por la independencia de este hermoso...
para. Entonces gastó gran suma de dinero...
de donde gobernaba una familia descendien-...
to de Gualtero, y el emperador se mostraba...
samente en favor de las libertades, pero des-...
tuvo tres veces en entrase años de reinado al...
comiso de guerra. El pueblo estaba seducido...
por los alcañiles que se imprimían en la...

CAPITULO XXVI

Literatura italiana.

En Italia faltó aquella feliz union de las formas antiguas con las ideas nuevas, que si no dió originalidad, por lo ménos perfeccionó la literatura francesa. En la época precedente se habia descuidado el fondo por la forma; mas en ésta, no quedó sino la materialidad de la ejecucion y la triste necesidad de crearse dificultades para que el arte presentase algunos destellos forzados. Estamos, sin embargo, muy lejos de vilipendiar, como se acostumbra, al siglo XVII, pues en él encontramos gran número de nombres ilustres, una energía que nunca tuvo el siglo precedente, imaginaciones más originales y sentimientos más individuales y patrióticos. Y porque recordamos á los desgraciados que se abandonaron sin obstáculo alguno al mal gusto, ¿deberemos olvidar á los que supieron vencerle sin contaminarse? Verdad es que son pocos; pero, ¿no es siempre reducido el número de los escogidos?

A la cabeza de todos éstos está Torcuato Tasso de Sorrento. De alma cándida, amorosa, gemidora y sin la fuerza que sabe rechazar los males, se engrandeció en las graves injusticias; la sensibilidad fué su mérito y su expiacion; y nuestro siglo, á que ya no convenia la forma de su poema, ha tomado interés por su persona y por sus misteriosos dolores.

de Italia, hermano de Carlos, los secularizados...
pero su esposa Leonora de Gonzaga no consintió...
de nunca en aceptar á aquel hijo ilegítimo...
que echado de ménos los pasados planes...
maró el año 1711, sólo vivía ya Juan Gaspar...
dijo segundo de Carlos; pero su mujer, du-...
ques de Lianópolis, proscribió poco después y...
que aborrecía la latin, no quiso salir nunca...
de su feudo imperial...
Deseaba, pues, el duque de torcuato...
traj y considerados sólo como vasallos...
del país, despojados su gloria y su bienestar. En...
muy difícil verla, y estaba acostumbrado á las...
capitales de un cortés: al principio hizo...
algunas comisiones pero después gran parte...
samente en favor de las libertades, pero des-...
tuvo tres veces en entrase años de reinado al...
comiso de guerra. El pueblo estaba seducido...
por los alcañiles que se imprimían en la...

Desde sus primeros años bajo la direccion de su padre, cortesano y poeta, se aficionó á los versos y á la afabilidad del cortesano; y aunque queria su padre alejarle de la literatura, por haber experimentado las amarguras que lleva consigo este estudio, él se propuso ser poeta. Sin embargo, su naturaleza no le impulsaba á la poesía, como lo prueban sus tentativas en diversos géneros, sin fijarse en uno determinado, como impulsado, no tanto por la necesidad de crear, como de reflexionar sobre las obras de los demas: así Tasso fué lírico, trágico, romancesco, épico, caballeresco y sa grado.

Siguiendo el ejemplo de su padre, principió el «Reinaldo,» poema, que como todos los demas, fué oscurecido por la espléndida luz que derramaba Ariosto. Este nombre excitó desde muy temprano una noble envidia en el joven, que aunque muy lejos de la riqueza y superioridad de aquél, descubrió el lado débil del poeta de Ferrara y concibió la idea de superarle con la regularidad de que Ariosto carecia. Tampoco habla Tasso de Dante sino muy tarde. La admiracion de que era tan parco con respecto á éste, la tributaba á Camoens, y como él, se propuso elegir un argumento moderno, é imitar en él las formas de Virgilio. Y si



Camoens habia cantado las glorias de su nacion, Tasso, despues de muchas dudas, escogió la empresa comun de la cristiandad. «Y qué tema tan magnífico! La primera, ó más bien la única empresa en que hubo unidad en toda Europa para combatir «al pueblo mixto de Asia y de Libia;» no ya por Elena, ó para construir los altos muros de Roma, sino para proteger la civilizacion de la cruz contra la voluptuosa barbárie del islamismo; para decidir si la humanidad debia retroceder hasta la esclavitud, el despotismo y la poligamia, ó lanzarse libremente por el camino de la igualdad y del progreso.

La poesía se derramaba á torrentes de este tema. La antigüedad profana ofrecia al paso á los cruzados las ruinas de Grecia y Egipto, y un museo en Constantinopla, en pié aún como un navio arrojado sobre la playa con todo su equipo ménos los hombres. La antigüedad sagrada poblaba de recuerdos todos los valles y senderos; los cedros del Líbano recordaban á Salomon, como las rosas de Jericó la Sunamita; las alabanzas de David y los lamentos de Jeremías, los triunfos de Josué y las épocas de esclavitud, las profecías anunciadas y cumplidas, el jardin del primer hombre y la cuna del Hijo de Dios, el huerto donde Cristo probó las amarguras de los mortales, y el valle adonde volverá como temible juez, rodeaban de una atmósfera sagrada cada paso de la musa épica. Además, ¡qué cuadro tan pintoresco en las costumbres reunidas de toda Europa, desde el siciliano Tancredo hasta Suenon de Dinamarca! La escena pasaba en los siglos de la fuerza, de la variedad, de las aventuras, de las voluntades resueltas é independientes, cuando cada castillo tenía una vida distinta, cada baron formaba una historia por sí mismo, cada obispo habia combatido en los campos y discutido en los sínodos.

No era aquella una empresa mandada por un rey ó un capitán, y que debian llevar á cabo millares de hombres con la materialidad de una máquina; sino que cada devoto soldado ó caballero aventurero iba á consagrar á Cristo su brazo para mostrar todo su valor y del modo que mejor quisiese: combate y fusion de

enérgicas voluntades, de donde nacian los caracteres más determinados, las aventuras más extraordinarias, la mezcolanza más poética, dominada por la gran unidad del pensamiento cristiano. Habia, pues, en aquella empresa religion, recuerdos, ideas caballerescas, riesgos, grandísimos designios; iba acompañada de muchas adversidades, y debia dar resultados inmensos, pero muy diversos de las esperanzas concebidas. Este tema además tenía el mérito de la oportunidad cuando los turcos causaban aún gran espanto, y excitaba nuevo odio contra ellos la amenazada Europa, aún no tranquilizada por la batalla de Lepanto, último acto de las Cruzadas.

Bastaba sólo que una imaginacion poética vislumbrase este asunto para que conociese toda su importancia; y es muy extraño que Torcuato dudase en la eleccion entre éste y otros asuntos muy inferiores. Tambien seria inexplicable su vacilacion entre la primera y segunda cruzada, si no se supiese que segun el modelo virgiliano, era necesaria la unidad del héroe. En la segunda cruzada se armaron los reyes; en la primera no hubo ninguno, por lo cual Tasso tuvo que faltar á la verdad histórica, suponiendo una cosa que repugnaba á la naturaleza de aquella empresa, un jefe que la dirigiese, y de quien dependiesen todas las voluntades para «libertar el Santo Sepulcro» y reunir á los «errantes compañeros bajo las sagradas banderas.»

Así como Eneas es piadoso, piadoso debia ser tambien el protagonista de la *Jerusalen*; y no solamente virtuoso como los héroes de su padre, sino religioso: los amores constituyen el fundamento de la Eneida, y lo mismo debia suceder en el nuevo poema; y despues que en los dos primeros cantos nos presenta la majestuosa marcha de toda Europa, y los contrastes de Asia y África, se empequeñece en los intrincados amores de Tancredo, amado por Herminia y amante de Clorinda, y de Reinaldo. enamorado de Armida: un «concilio de los dioses del Averno» se reúne sólo para decidir que una joven seduzca á un caballero; un encanto del bosque que suministra la madera, suspende





la empresa, hasta que, dos mensajeros casi desconocidos, van al través del Atlántico á despertar de su voluptuosidad á Reinaldo, para que vaya desde tan lejos á cortar una planta. Entonces todo se reanima prósperamente; Jerusalem es tomada; pero el gran efecto del «voto disuelto» en el sepulcro de Cristo, se viene envuelto en la reconciliación de Armida con Reinaldo, no anunciada, pero fácil de adivinar, y en la incertidumbre de la suerte de Herminia.

Estos amores, que ocupan las dos terceras partes del poema, dan un carácter de molición á una empresa vigorosa; y su regularidad la hace semejante á tantas expediciones y asedios como refiere la historia. Tasso, hombre de defectos negativos, no tenía el vigor suficiente para salir de sí mismo, transformarse en los héroes que describía, sentir como ellos y como en su tiempo, y así es que sustituye lo sobrenatural del pensamiento con lo sobrenatural de la imaginación. Si el asunto le lleva á la expresión de sus propios pensamientos, los expresa como en los episodios de Olindo y Sofronia, de Herminia y de Armida, bien descritos, pero muy inoportunos.

En todo lo demás introdujo mucho orden, porque orden era su pensamiento; la razón en lugar de la fantasía, cálculo en vez del entusiasmo le faltó hasta el arte que debió aprender en Camoens, el de ensalzar á su nación; y aunque Tancredo y Bohemundo le presentaron ocasión de hacerlo, sólo hace mención de la Italia en dos versos.

Pero antes de emprender su poema, había escrito los «Discursos sobre la Epopeya;» había también estudiado á Aristóteles y analizado con él á Virgilio y á Homero; quería ver toda obra sobre el arte poético que se publicaba; y quizá éstas tuvieran la culpa de que no sintiese hasta muy tarde la necesidad de dar á sus escritos un sentido profundo. Después, cuando advirtió este defecto, lo trató de suplir con una alegoría; oscura superfluidad, donde no se propone al pensamiento más que la psicología, separándose de la historia y de la metafísica, y donde aleja á las ideas de su principio y de la aplicación.

Se ha echado en cara á nuestra edad y á

mis amigos el haber vilipendiado á Tasso; pero la independencia de que me precio aún en frente de aquellos á quienes respeto, es una buena garantía de que no pongo de manifiesto solo por complacencia los defectos orgánicos de una obra, que es la primera que lee todo italiano, que sabe de memoria, y que oye cantar en las playas de Mergelinas y en las góndolas de Venecia. ¡Tanta influencia tiene sobre los italianos esencialmente músicos, la armonía poética que domina en todo este poema!

Pero lo que hace popular á Tasso, son los episodios; prueba de que son inconexos con el todo, y de que no son propios del tiempo del poema, sino de otro cualquiera, así como aquel tono sentimental, aquel color elegíaco que no abandona ni aún en medio de la voluptuosidad. La suave melancolía que domina en Tasso contrasta vivamente con el estilo burlesco de sus contemporáneos, lo mismo que el haber considerado por el lado noble y serio á la caballería, de la cual se burlaron los demás. Considerando la *Jerusalén* bajo el aspecto del arte, como una novela, ¿quién puede negar lo magnífico de la composición? Tasso es más clásico que todos los que le precedieron, y puede decirse que quiso unir la regularidad del poema de escuela con lo extraordinario de lo caballeresco, á Trisino y Ariosto, la razón y la imaginación, manteniendo siempre vivo el interés con obstáculos cada vez mayores, hasta producir una catástrofe, que no pierde su interés porque esté ya anunciada en el título.

Pero nunca se eleva á la verdadera grandeza, y deja escapar las ocasiones de presentarse como poeta, de un modo que notan aún los más medianos talentos. Si tiene que pintar el paraíso, traduce el sueño de Escipión, siendo cristiano; las embajadas, son una copia de Tito Livio; Godofredo no sabe entusiasmar al ejército sino con las frases de Eneas; el viaje del Atlántico, está calcado por el de Astolfo en el Ariosto; del arte caballeresco de su edad, toma la descripción de los duelos; de los libros de retórica, sus acompañados discursos, y de los de moral escolástica las pomposas máximas de su Godofredo.

Este es un capitán perfecto, pero de una vir-



tud calmosa y superior á las pasiones. Tancredo, verdadero héroe, se afemina en amores que no le impulsan á altos hechos, sino al envilecimiento; el extravagante Reinaldo sólo está caracterizado por el destino que le reserva para matar á Soliman y ser padre de los duques de Este. Tasso pagó, y largamente, su tributo al génio adulador de su época, «desplegando» siempre «las velas en el mar de las alazanzas,» y la moda de entonces dictó los pueriles conceptos de que injustamente le creyeron inventor; en la gracia artificiosa de su obra busca las bellezas de todos sus predecesores, y comúnmente exagerándolas, las corrompe, desnaturaliza las situaciones de más sentimiento con las argucias y la exageración, y sin embargo, se hace querer tanto, que desagrada el censurarle, como se siente el decir los defectos de un amigo.

Torcuato vivió en la corte de Alfonso de Ferrara, siendo objeto de la envidia inevitable de los cortesanos y del afecto de la duquesa Eleonora, por cuyo motivo, según parece, el magnánimo Alfonso le encerró en la casa de locos de Santa Ana. En los siete años (1579-86) que allí estuvo, publicaron otros su poema sin darle la última mano, y en breve recorrió la Italia con un éxito afortunadísimo, es decir, suscitándose tantos enemigos como admiradores. Sin hablar de los que no perdonan nunca á los que sobresalen, la Crusca, inclinada como todas las academias á defender á los muertos que no hacen sombra, prefirió á Pulcio y á Boyardo, proclamando lo libre del plan y censurando los caracteres, los incidentes y el estilo; Salviati, que había analizado en dos volúmenes el estilo de Boccaccio, utilizó sobre el del Tasso, principiando por *las armas piadosas*; Galileo publicó también una censura del poema. Y prescindiendo de la rudeza de formas y de los sofismas que emplea siempre el que sólo tiene el miserable fin de hallar defectos, muchos de estos juicios revelan, si no elevación de ideas, un gusto mayor del que estamos acostumbrados á ver en el siglo XVII.

Torcuato descendió á la triste tarea de defenderse, y pareció que daba la victoria á sus contrarios cuando trató de refundir la obra de

sus mejores años en un poema casi nuevo, en que respetó mucho más la verdad histórica, evitó muchos defectos de estilo, corrigió algunos accidentes repugnantes y substituyó escenas de amor voluptuoso con otras de amor conyugal y paterno; excitó el interés por Argante, haciéndole un Héctor defensor de la patria; substituyó á Reinaldo con Rogerio, trasladando su encantadora prisión al Líbano, é hizo que le libertasen sus amigos, y suprimió los «largos y desgraciados amores de Herminia.» Pero ¿es culpa de los críticos que se hubiese desvanecido su vigor? La posteridad, que ha olvidado la primera edición del *Orlando* por la última, ha olvidado también la *Jerusalén conquistada* para leer la *Jerusalén libertada*.

Su siglo, sin embargo, aún en medio de su acerba injusticia, le elevaba á una gran altura cuando disputaba quién era superior, si él ó Ariosto: Ariosto, el poeta del libre impulso, de la fantasía ardiente sin ser desenfrenada, que se burla del asunto y de los lectores, que rompe las octavas y los versos como los episodios, que mezcla cuatro ó cinco sucesos paralelos, que hace que todo se le perdone con su brillante elegancia y su animada dulzura; Tasso, escritor de gracia artificiosa, de una forma plástica inalterable, muy pobre en el estilo, embarazado en la octava, que todo lo quiere justificar con los ejemplos; que no arriesga ningún episodio sino para retardar ó acelerar la acción principal. Ariosto expresa el renacimiento del paganismo en tiempo de los Médicis, con la embriaguez de la forma exterior, del amor corporal, de la fogosidad sensual, del impetuoso ardor de la vida y el brillo de la imaginación. Tasso representa la vuelta del espíritu cristiano en la devota impresión que deja, en la generosidad de aquellos caballeros, en los ritos piadosos, en la compunción, en la digna severidad que domina en su poema desde el principio hasta el fin. Pero la invención y la memoria usurparon con frecuencia el sitio á la fe real, y en aquella poesía vacilante, mezcla de verdad y de ficción; en aquella débil dulzura se siente la languidez que invadía la literatura del mismo modo que la nación.

La culpa de estos defectos es, en parte, de





Tasso, que fué uno de esos seres que parecen predestinados á padecer. Aun despues de haber sido puesto en libertad, no se sintió con la fuerza suficiente para abandonar las córtes y encerrarse en su dignidad de hombre grande, y vivió alternativamente entre lamentos y oraciones hasta que Roma le llamó para recibir en el Capitolio la corona que había brillado en la frente de Petrarca. Fué, pues, á Roma, pero ya moribundo, y espiró en aquella altura tan propia para contemplar la ciudad de las glorias perdidas. Siempre religioso, y mucho más en los últimos años de su vida, se ensayó tambien en un poema bíblico, titulado los *Siete dias del mundo creado*. Ya hemos hablado en otra parte de su *Aminta*, drama que adolece de los mismos defectos que la *Jerusalem*, con bellezas de estilo más correctas, pero que carece de interés, y no excita la compasion por ser los caracteres sobrenaturales ó diferentes á lo ménos de nuestra naturaleza. La tragedia de *Turismundo*, que es el desarrollo de un amor incestuoso de hermano á hermana, tiene episodios novelescos que agradaban en su tiempo. Sus sonetos y canciones se dice que son los mejores despues de los de Petrarca, pero ya nadie los lee: su prosa se lee tambien muy poco, y está escrita con pretensiones, pero sin fuerza.

Con más rica fantasia, aunque muy desenfrenada, se elevó á gran altura otro poeta épico, el napolitano Juan Bautista Marini. Destinado al foro, le abandonó por seguir su génio poético. Habiéndose trasladado al Piamonte, y pareciendo que en su *Cucagna* hacia alusion á Carlos Manuel I, fué preso y estuvo en la cárcel, hasta que demostró que la había escrito mucho ántes de conocer al duque. Este entonces le protegió, y le sugirió la idea del poema *Adonis*. Adios, pues, toda moralidad, todo sentimiento generoso; adios tambien el interés que no pueden excitar en nosotros los dolores ó alegrías de seres sobrenaturales, ni situaciones que no nos hacen pensar en nosotros mismos: en un poema de esta clase es preciso que todo esté sostenido por el espíritu, sin poesía instintiva y espontánea: es preciso inmolar la belleza á la magnificencia, la pureza al brillo que deslumbra. Marini escribió un poema más largo

que el *Orlando* (tiene cuarenta y cinco mil versos), en que cada canto forma casi un cuadro por sí sólo, con título distinto, como el *Palacio del Amor*, la *Sorpresa de Amor*, la *Tragedia*, el *Jardin*. Marini, pintor fluido y armonioso, rico en poesía, sabe escribir en versos facilísimos, en cadencias melodiosas, en frase variadas, y tiene el arte de presentar con bellezas las cosas más difíciles. Pero se ve obligado á intercalar en su plan, por naturaleza monótono y sutilísimo, descripciones sucesivas y frecuentes, y una multitud de afectos, de imágenes, de pinturas, de escenas voluptuosas, sin tener en cuenta la sana crítica, ni la correccion, siguiendo por única regla el capricho; abandónase á la facilidad de sus pensamientos, sin saber elegir ni rechazar ninguno, teniendo que rimar las cosas más fastidiosas, y consumiendo ciento diez estrofas en describir una partida de ajedrez entre Vénus y Mercurio.

Por lo demas Marini no consideró nunca la vida por el lado serio; hombre de placeres, se aprovecha de las circunstancias, y trata de cualquiera que se le presenta sin política, ni patriotismo, ni energía; en él es todo énfasis, sutileza, palabras sonoras, y nada más; sus placeres son sistemáticos, sin pudor y tambien sin los trasportes de la crápula, sabiendo sobre todo ponerse en escena á sí mismo, y ganar de este modo la gloria como otro ganaria un puesto. Asi es que apénas concluyó de publicar el *Adonis* á la edad de cincuenta y cuatro años, fué elevado hasta las nubes. Y efectivamente, las pinturas voluptuosas, la inagotable variedad en las descripciones del amor, y el impetu de una imaginación poética, en medio de gente gastada por la pureza, hicieron mirar estos extravíos no sólo como perdonables, sino como bellezas. Carlos Manuel le armó caballero, en Paris; la sociedad Rambouillet le hizo la córte, y él supo cautivarla y fundar una escuela de cantores de galantes placeres. Maria de Médicis, reina de Francia le concedió una pensión de 2.000 escudos; y cuando le encontraba, hacia parar su carroza dorada ante el poeta, que cantó en seiscientos versos sus bellezas corporales. Mientras Tasso no tiene dinero para comprar un melon, Concini da auto-



rizacion á Marini para que se presente á cobrar 500 escudos de oro; y él se presenta y pide mil: el tesorero le dice: ¡Diablo! se conoce que sois un buen napolitano, y el responde: *Eccelentísimo, es una fortuna que no haya entendido tres mil: comprendo poco vuestro francés*. Cuando volvió á Nápoles los arcos de triunfo le proclamaban: *Marini, mar de incomparable doctrina, alma de la lira, fin de la pluma materia de la tinta, fénix dichoso honor del laurel*.—Tan adorado era por haber sabido unir el tipo italiano con el español, la armonía música con la jactancia!—«En la parte más pura de mi alma tengo la creencia de que sois el poeta más grande de cuantos ha habido entre los toscanos, entre los latinos, entre los griegos, entre los egipcios, entre los caldeos, y entre los hebreos,» le decia Achillini, que debia haber leído los poeta segipcios y caldeos; y que tambien poeta de los más extravagantes, era elevado hasta las nubes como el *non plus ultra* de la poesía, tanto que Luis XIII le regaló 14.000 escudos por una cancion y por el soneto que principia: «Sudad oh fuegos, para preparar metales.

Pero los elogios eran entonces de moda; y estos fanfarrones de la literatura, como los muchos que había en la sociedad, seguian el movimiento general, haciéndose operarios de la gloria, halagando las pasiones más bajas, seguidos de una multitud que los admiraba, cantándose á sí mismos sus propios triunfos, creyendo que era gran cosa el dominar la época de cualquier modo que fuese, y consiguiendo una vida célebre, sí, pero que concluía enteramente en el ataud. Ya hemos visto los ataques dirigidos contra Tasso; y si éste respondia con gemidos, otros lo hacian hiriendo. Por esto tiempo fueron muy ruidosas las disputas entre el P. Noris y el P. Macedo, entre Moneglia y Magliabechi, entre Viviani y otros muchos, especialmente con Alejandro Marchetti y Borelli; Sergardi y Gravina vinieron á las manos; y las disputas con Tassoni sobre Aristóteles y Petrarca originaron procesos y encarcelamientos, el cardenal Pallavicino fué objeto de desvergonzados insultos; á Jácome Torelli le cortaron los dedos una noche; el filósofo de Módena, Geminiano Montanari dió y recibió infinitas esto-

casas, y sostuvo ruidosos litigios con Donato Rossetti sobre los fenómenos capilares; tambien los tuvo Antonio Oliva, napolitano, que habiendo sido preso, como individuo de una infame sociedad de Blancos, que se formó en Roma en tiempo de Alejandro VIII, fué puesto en el tormento, y por último se tiró por una ventana.

Habiendo confundido Marini, en un soneto sobre los trabajos de Hércules, el leon de Nemea con la hidra de Lerna, fué esto causa de una disputa, más encarnizada que si se tratase de un dogma; siendo su enemigo más terrible Gaspar Murtola, genovés, secretario de Carlos Manuel, y autor del *Mundo creado*. Publicáronse entonces una infinidad de epigramas, de sonetos, de libelos, de Murtoleidas y Marinoidas, desvergüenzas é infamias. Murtola disparó una escopeta contra su contrario, pero no le dió; y hubiera ido al patíbulo si no hubiera intercedido Marini; y sin embargo, Murtola, á quien pesaba este beneficio, le acusó de haber hablado mal del duque. Tambien Tomás Stigliani de la Basilicata, que había abandonado la buena senda para rivalizar en lo que era aplaudido entonces, hizo gala de extravagantes caprichos en el *Mundo nuevo*, y bajo el simbolo del *hombre marino* insultó al poeta que llevaba la fama; éste empleó el veneno de su ira en sonetos titulados *los Melindres* y en cartas y despues en el *Adonis*, y aquél, aterrado ante la idea de una inmortalidad de vituperios se humilló; pero así que murió su rival, censuró agriamente el *Adonis*, en el *Anteojó (Occhiale)*, donde no hay, sin embargo, una buena crítica de un autor que tantas merecia; y todo el mundo se indigna contra aquel que se atrevia á tirar piedras al altar.

Marini ha quedado para la posteridad como el tipo del gusto del siglo XVII. Y sería curioso investigar la causa de aquella afición tan general en Europa en aquel tiempo, á la hinchaizon y vanidad en la literatura y en las artes, áun en pueblos sobre que no pesaban las miserias de Italia. Alemania tuvo la escuela de Lohenstein; Inglaterra el eufuismo; España el gongorismo; Francia el estilo de las preciosas. La Italia fué tambien infestada; pero bastan las